

SANTIAGO SEBASTIÁN (1931-1995)

En cierta ocasión Paul Valéry escribió que «queda de un hombre lo que hacen pensar su nombre y las obras que hacen de ese nombre un signo de admiración, de odio o de indiferencia». Cuando se extienda la triste noticia de la desaparición del profesor aragonés no será, precisamente, indiferencia lo que produzca en las mentes de quienes la reciban.

Hace veinte años los jóvenes licenciados que nos estrenábamos en la Historia del arte sabíamos de la existencia de una revista de iconología y simbolismo llamada Traza y Baza que, desde Palma de Mallorca y dirigida por Santiago Sebastián, introducía aires de renovación en la historiografía artística española. Acogida en un principio con desdén y hasta con sorna por la escuela formalista, en poco tiempo se impuso ante los que preferían ignorarla, significando un cambio de rumbo en la metodología nacional tradicional. Años después, los continuos Coloquios de la Fundación Universitaria Española, la creación del Instituto de Estudios Iconográficos Ephialte de Vitoria y la actividad de sus discípulos Jesús González de Zárate y Pilar Pedraza son buena prueba de los frutos producidos por las ideas de aquella sencilla, interesante e innovadora revista.

Discípulo de don Diego Angulo, trabajó en el Instituto Diego Velázquez del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en la Universidad de Heidelberg con Erwin Palm y en la de Yale con George Kubler. Tras pasar varios años como profesor de la Universidad del Valle de Cauca en Cali (Colombia) donde nacieron sus cuatro hijos, a su regreso a la patria Santiago Sebastián se convirtió en el principal americanista español después de Angulo y Marco Dorta, enseñando sucesivamente en las Universidades de Barcelona, Palma de Mallorca, Córdoba y Valencia. No obstante, sus frecuentes cursos en la Universidad Nacional Autónoma de México y su participación en casi todos los Coloquios del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM aleccionaron a distintas generaciones de estudiosos y estudiantes mexicanos, que pueden considerarse también discípulos suyos.

Trabajador infatigable, su profusa producción bibliográfica será objeto de consulta no sólo por los que estudien el Renacimiento y Barroco en España y América sino también por los medievalistas a quienes dedicó un par de obras en las que editó los textos preciosos de Durandus y el Fisiólogo atribuido a San Epifanio.

«Festina lente» era el «motto» flanqueando a la sierpe ensartada en una flecha que figuraba en el membrete de sus cartas de la Sociedad Española de Emblemática. Tan apasionado de los emblemas y jeroglíficos, hizo suyo el lema que Suetonio atribuyó al emperador Augusto, no dilatar nada, el despacio pero sin pausa goethiano que también practicó Leonardo. «Festina lente». Apresúrate lentamente. No dejes nada para mañana.

Finalmente, si hemos de dar una imagen cabal del profesor que se nos fue, ésta se resume brevemente en la de un humanista, un hombre generoso y bueno. Por desgracia, su vida llegó a su fin. Y toda su inmensa obra no nos consuela sino que extrañamos su presencia, pues como decía Ortega: «Cada hombre tiene una misión. Donde está mi pupila no está otra. Somos insustituibles. Somos necesarios.»